

LA REFLEXIÓN CULTURAL SOBRE ETA

En un Euskadi que lleva varios años dejando atrás la pesadilla de la violencia, llega el momento de que la cultura repase lo que significó. La novela más comentada de este otoño, 'Patria', de Fernando Aramburu, y un ensayo de la profesora Edurne Portela sobre la experiencia del terrorismo para la gente de su generación, se erigen en referencias obligadas



01



02

'El eco de los disparos'

Imaginar la paz

JORDI AMAT

Lo vimos el día después. Fue durante el debate de los candidatos a las elecciones vascas. Pili Zabala –hermana de Joxi Zabala, torturado y asesinado por el terrorismo de estado de los GAL– interpeló al candidato popular preguntándole si él la consideraba víctima. Alfonso Alonso, desubicado, no supo articular una respuesta convincente. No podía. La respuesta esperable, que parece tan justa y tan obvia, sacudiría,

como un vendaval, la argamasa emocional que sustenta una interpretación de la violencia en el conflicto vasco. Durante cinco segundos, uno y otro se miraron. No se desafiaban. Chocaban contra un muro de hielo y tristeza. Era un bloqueo afectivo. Cinco segundos que rebosaban una significación tal vez imposible de verbalizar si el lenguaje es el de la política. Tal vez nadie podría interpretar mejor esos cinco segundos de silencio que Edurne >

'Patria'

Una novela formidable

J.A. MASOLIVER RÓDENAS

Por una vez, y sin que sirva de precedente, se impone empezar por el final: *Patria*, de Fernando Aramburu (San Sebastián, 1959) es, simplemente, una novela formidable que echa por tierra todas las absurdas discusiones que enfrentan al realismo con las vanguardias. Nos encontramos ante el mejor realismo, sin la menor huella de su peor enemigo: el costumbrismo. La trayectoria del narrador donostiarra permite que no nos sorprenda esta muestra de gran literatura si nos remontamos a su primera novela, *Fuego con limón* (1996), a

la que siguió la de la que destaca (2005). Y, diremos con *Patria*, uno de sus libros más centrados, como las masas del terrorismo, ambos libros no solo sino una actividad que el excriticista del entorno de Begoña Atxaga.

Por su extensión, pensar que el es la más estricta es el caso de las ma-

> Portela. "El silencio habla", escribió al día siguiente en su blog. De los silencios habla su potente ensayo *El eco de los disparos*.

Nacida en Santurtzi en 1974, estudiante de Historia en la Universidad del Opus en Navarra, el verano de 1997 Portela llegó a los Estados Unidos donde se especializó en el estudio de la violencia y su representación. Dio clases de Literatura en Pensilvania hasta el 2015. Por los teóricos que cita y por el tipo de interpretación que ofrece de las muchas obras que analiza –novelas, películas, fotografías...–, parece claro que Portela se dotó allí de la caja de herramientas de los estudios culturales para ejercer este trabajo hermenéutico, que, como buen ensayo, tiene la virtud de trocear las fronteras de nuestra confortabilidad civil.

Si su primer libro, en inglés, lo dedicó al trauma de la violencia en Argentina, ahora, de regreso a España, se ha centrado en ella misma y su

En 1997 la autora llegó a EE.UU., donde se especializó en el estudio de la violencia y su representación

Es una reflexión sobre la propia experiencia gestada para que la sociedad vasca pueda darse la paz

La tesis: la herencia de dolor no se borra, no se olvida. La propuesta: pasar de un imaginario herido a otro ético

circunstancia: la experiencia de la violencia por parte de su generación. Una reflexión sobre la propia experiencia gestada como una aportación para que la sociedad vasca, más allá del silencio, pueda darse la paz.

El libro funciona cruzando dos planos. Al principio de cada una de las partes, Portela, en tercera persona del singular (no es una distancia casual), recrea algunos flashes de su propia biografía que vinculan su vida a la presencia normalizada de la violencia durante su infancia y juventud. Pongamos por caso su primera comunión. La celebró en el País Vasco francés el día que su padre cerraba el restaurante, un lunes, porque era allí donde vivía "exiliado" Joxian, el tío cura que ofició la ceremonia. Era niña y esa era su cotidianidad. Todo, entonces, tan normal. Todo, luego, tan complejo. "Son los años vividos rodeada de

El mismo desconcierto al recordarse joven, de farra por Pamplona, cuando con sus amigas más bien *punkarras* se refugiaron en un bar más bien *pijo* porque a ella le gustaba el camarero. Esa noche, una más en la que el Casco Viejo se transformaba en zona de guerra, la policía lanzó una lata de gas en el local y aporreaba a los chavales que salían de allí en estampida. No vería más al camarero. O el día, uno más, que en el colegio mayor oyó cómo explotaba una bomba en un cuartel de la Guardia Civil. O los gritos de rigor, tras la borrachera de rigor, a favor de ETA, a muerte contra la policía y empalando luego con el *Sarri, sarri* de Kortatu que homenajeaba a un terrorista que se fugó de la cárcel.

El segundo nivel discursivo, el teórico, es el del análisis de diversos productos culturales que durante los últimos años han abordado una violencia que fue consustancial, como el aire, a su sociedad. Algunos fueron polémicos, como las fotos de Clemente Bernad, algunos no gozaron de circulación más allá de Euskadi, y otros le parecen inservibles, y el paradigma de la inutilidad sería la tópica *Ocho apellidos vascos*.

La mayoría de los casos del libro son sugestivos en la medida que profanaron el tabú de la representación (del otro o de lo silenciado) no para justificar, faltaría más, sino para tratar de comprender una realidad espesa y herida. Marcando distancias con señores de prestigio, su punto de vista, como demuestran las obras con las que más sintoniza (los cuentos de un Iban Zaldua o Joaquín Muñoz), es militante generacional. No es equidistancia sino "un cuestionamiento honesto con la realidad", para decirlo con sus palabras y pretensión. La realidad de la violencia y los silencios sobre ella. ¿Qué hacer con ese legado, con ese pasado habitado por silencios cómplices y fantasmas asediadores? "Con ellos convivimos. La pregunta es: ¿qué hacer ahora? ¿Cómo aceptamos y hacemos productiva esa herencia?"

Su tesis es que esa herencia de dolor no se borra, no se olvida. Existió, sigue palpándose en el presente porque fue dramáticamente real. La propuesta de Portela es que, trabajando artísticamente ese legado se podría fraguar un cambio de imaginario. Pasar de un imaginario herido a otro ético. Un imaginario que, sin ocultar las responsabilidades ni a las víctimas, posibilitase reconstruir a través de los afectos, los vínculos sociales que resquebrajó la violencia. Un imaginario, en fin, que lograse derretir aquel tristísimo muro de hielo donde aún chocan sin verse tantas miradas. También las de la escena final, conmovedora como la novela entera, de *Patria* de Fernando Aramburu. |

Edurne Portela



Louise Erdrich

Cuentos Una inusual fusión de las norteamericanas en un conjunto de tres décadas de la vida

El planeta Erdrich

ROBERT SALADRIGAS

Me pregunto por qué Louise Erdrich (Little Falls, Minnesota, 1954) con al menos media docena de libros traducidos, alguno formidable como *La casa redonda*, novela merecedora del prestigioso National Book Award que leí hace algún tiempo y sobre la que escribí (13/VIII/2013), por qué, pues, no es más conocida. No se trata bajo ningún aspecto de una narradora cuya obra no destaque por sus enfoques originales y por la calidad y substancia de su escritura. Eso es así en parte porque Erdrich procede de emigrantes franceses y alemanes llegados a la región del Medio Oeste que mezclaron sus sangres con las de los indios de la tribu ojibwe, de manera que cuando ella

cién fallec
so a la tier
landeses e
rritorio de
Michigan-
mundos o

Cuando
recibió
National
2012 po
inició su
palabras
na de la
kota del
enmarca
evidenc
cultural